

Escritores más autorizados y competentes que nosotros, como Tamayo y Baus y Menendez Pelayo, han hecho un estudio completo de todas las obras del señor Pbro. Pagaza y le han felicitado por sus trabajos literarios. ¿Qué elogio podríamos formular que no resultara débil ante la opinión respetable de aquellos eminentes escritores españoles? ¿qué frases, por galanas que fueran, bastarían para igualar siquiera una sola de las dirigidas al Sr. Pagaza por aquellas academias?

Indudablemente no podemos hacer más para dar término al presente artículo, que felicitar al clero mexicano porque tiene en su seno á tan ilustre sacerdote que con su inteligencia le comunicará nueva luz, y desear á la Iglesia que pueda por muchos años tener á su servicio á un Ministro tan eminente como el Sr. Pbro. D. Joaquin Arcadio Pagaza.

MUY REVERENDO PADRE

## FRAY IGNACIO DE JESUS CABRERA

LECTOR DE GUADALAJARA, JALISCO

CUANDO se tienen que narrar los hechos de un prominente miembro de una sociedad profana, se teme, se duda, se fluctúa entre diversidad de pensamientos, porque se necesita mucho tino para mostrarlos de tal manera dignos, que no ofendan en lo más mínimo la modestia y delicadeza de aquel de quien se trata. Pero aún más precaución se necesita para dar cuenta al mundo de los hechos loables que constituyen la gloria de aquellos que, buscando la sombra para ejercitar sus virtudes, anhelan que se ignoren éstas con el fin de no recibir por ellas los elogios á que se han hecho acreedores.

Entonces la situación del cronista se hace altamente difícil, tanto más, cuanto que no quisiera profanar el misterio en que se ha envuelto su biografiado, y debe, porque es de justicia, poner de manifiesto sus



actos, para que sirvan de ejemplo á las generaciones presentes y á la posteridad.

¿Qué hace, pues, para no faltar en nada á los fines que se ha propuesto?

El problema es arduo.

Las buenas obras deben ser transmitidas por la tradición, de pueblo en pueblo, de familia en familia, de siglo en siglo, no sólo para loarlas y encomiarlas, sino también, y es este el principal objeto, para que los mortales tengan un modelo que imitar, una máxima que seguir.

Y este noble fin tiene que sobreponerse á todas las preocupaciones mundanas y que impulsar al que se propone moralizar al pueblo con ejemplos dignos, á defender una causa santa que se ve constantemente atacada por seres que no tienen razón ni conciencia de lo que dicen y de lo que proclaman, para que sin ofender la delicadeza del que va á biografiar, rasgue el velo con que cubre sus virtudes y obras meritorias, las muestre al público y las comente y encomie como galardón merecido.

Esta es nuestra misión, mal entendida quizá por algunos que no se han propuesto profundizarse é investigar cuáles son nuestros fines, cuáles nuestros propósitos al emprender una obra tan delicada como la presente.

Nosotros, por nuestra parte, tenemos la conciencia limpia y obramos, como siempre hemos obrado, con la rectitud que nos caracteriza.

¿Qué importa que las lenguas inmundas de los herejes se empeñen en hacer vibrar calumnia tras de

calumnia, á fin de hacer infructuosos nuestros trabajos?

¿Qué importa que la impiedad, respirando siempre nauseabundo aliento y afilando su corva garra, intente en su furor despedazar trabajos humildes, pero inspirados por un buen fin?

¿Qué importa que nuestros enemigos se yerguen ufanos, declamando sus ya tan decantadas victorias alcanzadas en una lucha indecorosa y desleal?

¿Qué importa, por último, que algunos de los que defendemos, por fortuna en notoria minoría, sin atender al espíritu de nuestra empresa, nos hayan negado su protección?

La fe nos alienta; la Providencia divina está de nuestra parte; el estandarte que flamea en nuestro campo, en el cual se encuentra grabada la efigie del crucificado, nunca ha pedido tregua, ni se ha humillado, por más abatido que se haya visto.

Se nos ha declarado una guerra sin cuartel, sin amnistía: nosotros la aceptamos porque tenemos la firme convicción de que triunfarán sobre la impiedad, la fe; sobre la injusticia, la razón.

Hemos recogido el guante. La lucha será tremenda.

Nosotros esgrimimos las armas de la constancia, de la virtud, de la Religión, de la verdad. Ellos esgrimen las de la infamia, de la mentira, de la calumnia y de la impiedad.

Ellos se han propuesto firmemente echar manchas y borrones sobre nuestro escudo; nosotros, con toda la energía de buenos cristianos, lavar esas manchas y



esos borrones para que nuestro escudo aparezcainmaculado.

Ellos, como serpientes rastreras, revolcándose en el polvo, para poder llegar hasta nuestros santuarios á derramar su inmunda baba y ensuciar su artesanado; nosotros, como el águila, elevándolos en nuestro vuelo hasta el Cielo para mostrarles las grandezas de nuestro reino, y dejándolos despues precipitarse hasta el abismo de sus abominaciones.

Ellos calumniando á nuestros dignos ministros, siervos escogidos de Dios, columnas fortísimas de nuestra Iglesia; nosotros mostrándoles, no con insulsa palabrería, sino con hechos reales, con palpables ejemplos, que no son ciertas sus enconosas calumnias.

Hé aquí nuestro cometido; sublime, porque es sublime la causa que lo ha inspirado.

Y no cejamos, aunque los elementos con que contamos sean casi ningunos, y firmes en nuestros principios, esperamos vencer.

Por eso nuestra conciencia escudriña los actos de los hombres virtuosos que dan honra y prestigio á nuestra Santa Madre la Iglesia, actos que habian permanecido hasta el presente envueltos en la más espesa niebla é ignorados por todo el mundo católico, pues son, por decirlo así, los documentos auténticos con que contamos para desmentir á nuestros adversarios y deturpadores.

La razón porque hemos escogido personalidades existentes y no miembros preclaros de la Iglesia que no existen ya, es porque podrian objetar nuestros

enemigos que se ha adornado la vida de los muertos y que no conocieron á éstos de quien se trata, y tambien para evitar que se escarnezcan las cenizas de los que ya duermen en la tumba; pues mostrando miembros vivientes de la Religión Cristiana, no podrán decir nada, pues será palpable lo que demostremos, y los que duden de nuestros asertos podrán convenirse por sí mismos.

La susceptibilidad, la modestia de nuestros sacerdotes no se ofende en manera alguna al relatar sus hechos, pues ni los adulamos, ni los exageramos, ni les acumulamos perfecciones de que carezcan; simples biógrafos, no hacemos más que consignar los hechos como son, sin aumentarlos ni disminuirlos en ninguna de sus partes, y elogiar y encomiar lo que verdaderamente sea digno de ser elogiado y encomiado, proporcionando ejemplos y alentando á seguir las huellas trazadas por los que practican la virtud, á los que empiezan á caminar por ese áspero y árido sendero que conduce á las puertas de nuestra Patria Celestial, donde mora, en unión del Padre y del Espíritu divino, en cuerpo y alma, nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Redentor del mundo.

Dadas estas razones, vamos, aunque someramente, á bosquejar la vida del santo ministro del Unigénito Señor, con cuyo nombre encabezamos estas líneas, deseando que nuestros trabajos alcancen el fruto que nos hemos propuesto.

Nació el M. R. P. Fray Ignacio de Jesus Cabrera, hijo de la Provincia de Franciscanos de Santiago de Jalisco, en Guadalajara, el 19 de Abril de 1826, del



legítimo matrimonio de D. Santiago Cabrera, español de Manila, y de D.<sup>ca</sup> Vitala Hernandez, originaria del pueblo de Ameca.

Estos buenos séres quisieron que su hijo se instruyera lo suficiente para que pudiera en lo adelante ser útil á la sociedad, y al efecto entró á la escuela primaria de D. Manuel Baeza, de donde salió á los once años de edad, despues de haber obtenido en todas las clases el primer lugar, principalmente en la de Caligrafía, en cuya ciencia salió sumamente aventajado.

A la edad de doce años entró á cursar artes al Seminario bajo la acertada dirección del Sr. Dr. D. José María Cayetano Orozco, terminando estos estudios con el Sr. Dr. D. Fernando Diaz, teniendo apénas diez y seis años cumplidos. En esta época sus calificaciones no pasaron de medianas, porque no contaba, como otros condiscípulos suyos, con un protector en sus estudios, á pesar del gran talento que mostraba, el cual se encontraba sin pulimentación.

En esta edad de desarrollo en la que algunos hombres empiezan á sentir en su alma el despertamiento de sus pasiones, estaba él sumergido en un estado tal de candidez é inocencia, que en vez de gastar el tiempo como los otros jóvenes de su edad, en alegres pasatiempos, lo empleaba en jugar con compañeros de menor edad que él y forjar travesurillas candorosas.

Esto le originaba que su tierna madre le reprendiera y castigara diariamente, pues por disipar las horas en jugar, no hacia, aparentemente, caso de sus estudios; pero dócil y humilde, obediente y respe-

tuoso, escuchaba, lleno de sumisión, los consejos de la buena señora.

No obstante estar dotado de ese espíritu vivo y batallador, nunca faltaba á sus cátedras ni á sus lecciones señaladas, que aprendía, dando prueba de una maravillosa memoria, en la calle y en el corto espacio que distaba de su casa al Colegio.

Tenia sólo diez y siete años de edad, el año de 1843, cuando entró al convento de San Francisco, de Guadalajara, despreciando una protección que se le ofrecía si estudiaba Derecho ó Medicina.

Su noviciado fué el desarrollo de su talento por medio de su aplicación. Desde luego se dedicó á la Liturgia, y allí, en el noviciado, á los pocos meses era director de ceremonias.

Profesó al año y entró á estudiar Escolástica, bajo la dirección del sabio Dr. M. R. P. Fr. Francisco Luis Martinez, siendo á la vez maestro de gramática. Fueron tales sus adelantos en la Escolástica, que el mencionado profesor lo hizo comparecer ante su presencia á dar la cátedra y le manifestó que él solo podia cursar esos estudios. A los veintiun años de edad concluyó sus cursos teológicos, obtuvo el título de predicador y el oficio de suplente de la cátedra de Teología y siguió con el mismo Sr. Dr. Martinez estudiando Derecho Canónico.

Cuando contaba veintitrés años tres meses, fué ordenado por el Ilmo. Sr. Dr. D. Diego Aranda (año de 1849), y ántes de cantar su misa predicó el sermón de Santo Domingo de Guzmán, ante las comunidades religiosas, cuyo aplaudido sermón fué el augurio de su famosa oratoria.



A los veinticuatro años hizo oposición á las cátedras, siendo admirado del Definitorio y Comunidad, que lo declara con derecho á ellas, habiendo sido á la vez nombrado predicador de la Santa Iglesia Catedral.

Su mucha fuerza de voluntad, su robusta salud y sus adelantos en las ciencias, hicieron que se le impusieran muchos cargos y oficios. Simultáneamente desempeñaba el púlpito, las cátedras, la regencia del canto del coro, la Biblioteca, el Directorio de ritos y escribía en la Provincia, en la guardionía y en el noviciado, siendo también el Agente de negocios ante el Gobierno Eclesiástico y Civil.

Por un accidente inesperado determinaron los Prelados que saliera á encargarse de uno de los curatos de la Provincia, comisión que renunció, suplicando que lo dejaran al lado de los hombres sabios con quienes hasta entonces había vivido, para instruirse, petición que le fué concedida.

Habiendo jubilado en la Universidad el R. P. Dr. Pedro Cobrea, el venerable claustro eligió por unanimidad al P. Cabrera para la borla vacante, y habiendo accedido el Prelado, fué luego nombrado catedrático de Lugares Teológicos, dándosele un año para que previniera sus actos de borla. No fué necesario ese tiempo: en dos meses previno catorce tratados de Teología y se presentó á recibir el grado de Bachiller, recibéndolo en Filosofía y Teología. Se aplazó para el 8 de Mayo de 1860 el *Acto de Recepción*, y para el 15 los *Quodlibetos*; mas no tuvieron lugar estos actos por el desconcierto de las fuerzas

del Sr. General Miramón sobre la cuestión de Zapatlán.

La inteligencia del R. P. Cabrera es una gran potencia, y potencia variada y creadora. La mayor parte de su instrucción es sólo debida á su estudio, principalmente la Gramática Castellana, la Liturgia y la Poesía. De la poesía latina, entre otros, dan testimonio el himno Sáfico-Adónico dedicado al Ilmo. señor Obispo, Lic. D. Francisco M. Vargas, y el oficio divino de Nuestra Señora de Guadalupe, ya presentado en Roma. De la Liturgia lo da igualmente su dirección de más de treinta años, la cual admiró al sabio teólogo y rubricista, Dr. D. Pedro Cobrea. De su gramática y literatura testimonian su Retórica, que corre impresa y sus escritos, en los cuales nunca se ha hallado corrección en su original.

Hablando de la oratoria del Padre Cabrera, se ha dicho por personas muy caracterizadas y capaces de calificar, que es un egregio y peregrino orador, sin competidor en Guadalajara ni en la República; y un ilustrado é imparcial sacerdote de esta Archidiócesis se ha aventurado á decir que le parece no tener el Padre Cabrera, como orador, semejante en todo el mundo. Pasarémos por alto esta exageración; pero lo que sí podemos asegurar es, que no abundan los oradores religiosos, competidores de este notable franciscano.

El discurso de este sagrado tribuno es sublime y su pensamiento claro, lógico y preciso; es rico en Filosofía é Historia, rebosando en erudición bíblica y dando por resultado que lo comprenden aun las más



obtusas inteligencias, á lo que se aduna, como parte sustancial, la naturalidad y decoro de su expresión y de sus movimientos, lo sonoro de su voz y la variación y entonación de su palabra, que haciéndola fuerte ó suave, violenta ó espaciosa, festiva ó tétrica, cual lo demanda el pensamiento oratorio, instruye las inteligencias y mueve los corazones. Testigo sea su obra de sermones que en cuatro tomos se está publicando, de cuyo mérito habla *El Diario de Jalisco*, periódico que se publica en Guadalajara, en su número 1,253.

Su empeño por la devoción y el culto, así como la observancia de lo prescrito en las rúbricas para la santa misa y divinos oficios, han sido notables y lo testifican las iglesias que ha presidido, como guardian ó comisario de terceros, cuyo Orden Tercero en varias partes ha instituido ó restablecido, así como ha fundado ó restablecido conferencias de caridad.

En tres épocas, por ruegos que se le hicieron, sirvió la administración de los Sacramentos; y era altamente edificante el empeño que tomaba para que los enfermos arreglaran sus conciencias, y las fervientes y piadosas exhortaciones para que se resignasen con la voluntad de Dios y se llenasen de gozo porque iban á pasar á mejor vida; amable siempre con los pobres, los ha socorrido como le ha sido posible, agenciando igualmente limosnas para personas vergonzantes.

Sus predicaciones y sus escritos, así como su cooperación conciliatoria en casos de revolución y de guerra, le atraieron persecuciones, cárceles públicas, des-

tierros, tentativas de asesinato y aun amenazas de fusilamiento; pero en todas ocasiones mostró el valor civil como el natural, que siempre lo han caracterizado.

Cuenta al presente con sesenta y seis años de edad, haciendo cuarenta y nueve que recibió el hábito. El amor y la caridad para con sus hermanos, tanto en el claustro como fuera de él, han sido su lema, y continuamente ha influido con su representación, en las épocas que ha sido secretario de la Provincia, en bien de ellos, así en casos y compromisos en la comunidad, como fuera de ella.

Ha sido condecorado con el título de *Lector emérito*, por haber desempeñado el profesorado de tres cursos de Filosofía, tres de Teología Dogmática, dos de Teología Moral y otros años de cátedras simultáneas, cuya publicación le da, según el Estatuto, el título de *Padre de Provincia*. Fué condecorado también con el título de *Predicador de Número*, por haber predicado doce años en la Catedral y en el convento Capitular, y lo fué asimismo con el de *Teólogo consultor de la Comisaría general de Franciscanos en México*, nombramiento con que lo agració el M. R. P. Ex-comisario general, Fr. Teófilo S. Sancho.

Vive ese preclaro orador con la salud de un niño y la fuerza de voluntad de un jóven, siendo la lumbrera y gloria de sus hermanos y cuya voz, como dijo el ilustrado Baziél, "tal vez será el canto del cisne, de la agonizante Provincia de Jalisco, tan prolija en apóstoles, en santos y en sabios."